

Conflicto de intereses

Laurie Burns

Mientras permanecía de pie en los escalones del Salón del gobernador imperial verkuyliano, esperando para presentar sus credenciales falsificadas al stormtrooper en la puerta, Selby Jarrad volvió a secar el sudor que goteaba por sus sienes y deseó haber sido advertida sobre el maldito hedor.

Solo otro “pequeño” detalle que Inteligencia había olvidado mencionar durante la reunión informativa para la misión, pensó. La ciudad —todo el sofocante planeta— apestaba a alazhi desbrozado, reducido a pulpa y hervido a fuego lento para su refinación en bacta. De todos los ataques que el equipo de la Nueva República podría enfrentar mientras ayudaba a los trabajadores rebeldes nativos de Verkuyl a destituir al Imperio, esta odiosa agresión olfativa nunca había sido mencionada.

Ella lanzó una mirada oblicua al hombre alto y de piel oscura que estaba junto a ella. Antes de aterrizar, el tieso, formal cuello del traje de negocios del mayor Cobb Vartos había estado recién planchado y limpio, pero hacía rato se había marchitado en el calor sofocante. Sucias marcas mostraban donde lo había apartado de su cuello transpirado. Selby no quería imaginar como luciría. Su propio traje se pegaba a ella, y su espeso pelo castaño rojizo apilado encima de su cabeza se sentía caluroso y pesado.

—No estoy seguro de qué es peor —murmuró Vartos, enganchando un dedo en su cuello y dando otro tirón—. Respirar a través de mi nariz y oler esa condenada cosa, o respirar a través de mi boca y saborearlo.

Selby tenía una opinión definida sobre eso, pero justo entonces el stormtrooper en la puerta gritó:

— ¡Próximo!

Vartos caminó hacia el portal y entregó su documento de identidad falsificado al guardia. Adoptando cuidadosamente el porte sereno y profesional de un postor corporativo —o al menos tan serena y profesional como pudo con el cabello pegado a su rostro y el sudor corriendo por su espalda— Selby hizo lo mismo.

El stormtrooper escaneó las tarjetas.

— ¿Propósito de su visita?

—Mi asociada y yo estamos aquí para presentar una propuesta a su Excelencia, el gobernador Parco Ein —dijo Vartos. Dado que el gobernador tenía actualmente un salón lleno de postores esperando presentarle propuestas de negocios, Vartos no se molestó en añadir que la única propuesta que él y Selby pensaban darle era: ríndase, o muera.

Cuando Ein había anunciado que consideraría licitaciones para la construcción de una nueva refinería de bacta en Verkuyl, Inteligencia había decidido que la situación era demasiado buena para dejarla pasar. Los trabajadores nativos del planeta, apoyados por la reducción lenta pero firme del poderío imperial en los tres años siguientes a Endor, habían finalmente demostrado su voluntad de rebelarse abiertamente.

Y en este caso, los nuevos aliados de la República vendrían con una bonificación. Aunque Verkuyl estaba escasamente poblado y un poco alejado en el Borde para ser estratégicamente valioso, Selby sabía que la Nueva República consideraba apoyar militarmente el golpe de estado un precio pequeño para sortear los fastidios de tratar con el cartel del bacta y ganar una tubería directa a los recursos médicos. La Fiesta de Ofertas del gobernador brindaba la oportunidad perfecta para insertar un equipo de Inteligencia en su presencia —combinado con la amenaza militar que la flota presentaría cuando saltara al sistema, organizar su rendición debería ser simple.

Selby sintió otra gota de sudor bajar serpenteando por su espalda mientras el stormtrooper parecía demorar una cantidad desmesurada de tiempo verificando sus credenciales. Su armadura blanca brillaba intensamente en el sol mientras permanecían allí, sudando bajo su mirada oculta por el visor negro, por lo que pareció una eternidad. El silencio incómodo se alargó. Intercambió una mirada con Vartos y supo que él estaba pensando lo mismo cuando repentinamente una voz detrás de ellos los interrumpió.

—Disculpen, ¿hay algún problema?

Ella se volvió. El recién llegado, un hombre larguirucho y rubio vestido con el uniforme azul oscuro de un asistente imperial, los miró con curiosidad desde el pasillo.

El stormtrooper saludó en atención.

—Señor, dicen que están aquí para la Fiesta de Ofertas, pero no he podido confirmar su autorización para asistir.

—Ya veo —dijo el hombre, subiendo los escalones—. ¿Sus nombres? —consultó brevemente un pequeño datapad—. Están en la lista —confirmó—. Está bien, sargento. Déjelos pasar.

El stormtrooper asintió, haciéndose a un lado mientras la enorme puerta del salón se abría. Adentro, un aire maravillosamente fresco les dio la bienvenida, y un droide de color cobre cubierto con pequeñas motas verdes y oxidadas se

adelantó para tomar sus bolsas de viaje. *Esta humedad horrible*, pensó Selby. *Incluso los droides son afectados.*

—Soy Daven Quarle —dijo el hombre, extendiendo su mano primero a Vartos y luego a ella. —Soy el asistente de su Excelencia a cargo del proyecto de la refinería.

Selby la estrechó, notando que el apretón de Quarle era firme, con duros callos en sus dedos. No era simplemente un burócrata entonces; éste hombre estaba acostumbrado trabajar, y mucho.

Inteligentes ojos verdes la estudiaron a su vez.

—Así que, ustedes son los dos de GalFactorial —comentó mientras subían al turboascensor, de camino a sus habitaciones en el quinto piso con los otros postores—. Su compañía tiene reputación de hacer un buen trabajo. Pero —arqueó una ceja mientras el ascensor empezaba a subir—, escuché que la refinería que su gente construyó en New Cov terminó saliéndose de su presupuesto. ¿Es cierto?

—Por supuesto que no —dijo Selby, repentinamente agradecida de que a pesar de la omisión de Inteligencia con respecto a los aspectos más hediondos de la refinación del bacta, había sido totalmente informada sobre su cubierta—. A media construcción, el cliente decidió cambiar el sistema de ventilación para que la planta no soltara los gases afuera. Obviamente, rediseñar en ese punto fue difícil, pero el cliente insistió, así que el presupuesto fue reajustado y aprobado. —Le dirigió una insípida sonrisa profesional—. Al final, el proyecto resultó en realidad de acuerdo con el presupuesto revisado.

—Ya veo —murmuró Quarle—. Me alegra escuchar eso. Su Excelencia siempre aprecia un poco de cálculo creativo.

Selby lo miró agudamente, sin saber como interpretar su comentario. Decidió cambiar el tema.

—Si no le molesta que pregunte, ¿cuántas compañías enviaron postores para el proyecto?

Esa ceja se arqueó otra vez.

— ¿Curiosa por la competencia?

En realidad no, pensó. *Preocupada por los civiles inocentes*. Aunque la multitud les daba más oportunidad para cubrirse, no le gustaba tener que preocuparse por la seguridad de los postores. La misión había sido cuidadosamente planeada para ser lo menos sanguinaria posible, pero los accidentes podían ocurrir, y frecuentemente ocurrían.

—Un poco —contestó en voz alta—. En realidad, me preguntaba si tendríamos la oportunidad de presentar nuestra oferta al Gobernador en

persona. Encuentro que es beneficioso explicar personalmente los números a los posibles clientes. —Captó su mirada intencionadamente, y la sostuvo—. Nuestros clientes a menudo lo encuentran provechoso, también.

—Ah— dijo Quarle, inclinando su cabeza entendidamente. Comprendía el lenguaje encubierto de un postor que deseaba brindar un soborno. —Sucedé que podrán encontrarse con su Excelencia más tarde esta tarde, en la recepción especial que hemos planeado para los postores. Y aquellos que deseen... —vaciló—, discutir privadamente sus ofertas con el gobernador Ein pueden hacer una cita para reunirse con él. ¿Quizás mañana en algún momento?

Selby lo consideró. Esta noche, Claris ayudaría a los miembros de la resistencia verkuyliana a colocar mechas alrededor de la principal torre de transmisión del planeta mientras sus compañeros de operativo ponían en marcha sus propios planes explosivos en el Salón. Mañana, enviaría una señal a la flota y luego destruiría los únicos medios que tenían los imperiales para pedir refuerzos, una vez que Selby lograra entrar a la oficina del Gobernador Ein para ofrecerle el “soborno” de la Nueva República.

El cual, su Excelencia, siendo un perspicaz funcionario experimentado en el arte de la auto-preservación, e influenciado por el poder militar que habría llegado precisamente para orbitar persuasivamente, por supuesto aceptaría.

Ella le sonrió a Quarle.

—Mañana será perfecto —dijo—. Lo esperaré con ansia.

Y si no fuera por la necesidad de mantenerse en guardia, se las podría haber arreglado para relajarse y divertirse, al menos un poco, pensó Selby esa tarde mientras Vartos y ella entraban al patio central del Salón donde se celebraba la recepción. Si esta tarde los dudosos encantos de Verkuyli habían confirmado la reputación del planeta como un lugar atrasado del Borde Exterior, sus cómodas y lujosas habitaciones y la elegante reunión esta noche podían hacer mucho por cambiar su opinión.

El sensual ronroneo de jazz suave se volcó sobre ellos, y por la apariencia de la mesa de buffet a lo largo de la pared lejana, el gobernador era un anfitrión generoso, magnífico incluso. Con la puesta de sol, la humedad de la selva se había vuelto al menos soportable, y el suelo decorado bajo sus pies y la vestimenta elaborada y a la moda de los postores hubiera sido apropiada para cualquier salón de baile corporativo en Coruscant.

Excepto que apestaba. Incluso en esta hermosa puesta, fuera del reconfortante sistema de aire cerrado del Salón, era imposible escapar del olor a alazhi hervido.

—Separémonos, ¿sí? —murmuró Vartos, sus ojos en el bar de la esquina, donde una fuente derramaba alguna clase de bebida de un rojo oscuro en una piscina poco profunda. —De esa manera será más fácil escabullirnos.

Aunque él no iba a escabullirse para reconocimiento del Salón hasta que hubiera reconocido totalmente la recepción totalmente, pensó Selby, divertida. Después de todo, tenían cubiertas que mantener.

—Sí —aprobó—. Creo que verificaré ese buffet yo misma.

Tres horas, dos platos, e interminable cháchara de postores después, se detuvo bajo una de los elegantes pasajes abovedados del patio, para mirar otra vez oscilante pista de baile. Se había dilatado en proporción directa con la mengua del botín de la mesa de buffet y el licor gratis del gobernador. Postores moviéndose al gemido conmovedor de un bajo de viol llenaban casi los dos tercios del patio mientras que el resto de los invitados había comenzado a pasear entre los arcos y dentro del mismo Salón.

Lo que la convertía en la ocasión perfecta para hacer un poco de exploración por su cuenta.

No se atrevió a usar el turboascensor más allá del quinto piso, donde la mayoría de los asistentes a la fiesta tenían sus habitaciones. Pero aún así, encontrar la oficina del gobernador en el último piso probó no ser un problema, ya que Inteligencia muy consideradamente la había provisto con un mapa. Con los zapatos en su mano, se deslizó hasta arriba de la pintoresca escalera del Salón, descubriendo y desmontando media docena de sensores de seguridad antes de llegar a su destino. Tardó solo un momento en desprender el diminuto dispositivo de escucha, un pendiente de plata indistinguible de las docenas de inútiles que decoraban el escote de su traje de noche azul a la moda. Pero conseguir pasar el objeto a través de los sensores de seguridad, las cámaras centinela, y el guardia frente a la oficina de Ein probó ser un poco más difícil.

Al final, se vio obligada a utilizar la ayuda de un droide de limpieza, que, sin notar el pendiente plateado que describió un arco en el aire para aterrizar prolijamente en cubo de basura del gobernador, o sin estar programado para que le importara, lo llevó servicialmente pasando junto al guardia y lo depositó bajo el escritorio de Ein. Selby esperó hasta que el droide terminara su limpieza, guardara su carro, y desapareciera en el turboascensor antes de bajar sigilosamente las escaleras para reintegrarse a la fiesta.

No lo logró.

Mientras cruzaba apresuradamente el pulido descanso del décimo piso, Selby escuchó que las puertas del turboascensor se abrían deslizándose inesperadamente tras ella. *Estrellas ardientes*, maldijo, mientras se le caía el alma a los pies. *¿Olvidé algún sensor?* A metros de distancia de la seguridad del hueco de la escalera, sin ningún lugar donde ir y ninguna elección salvo usar su descaro, se volvió para enfrentar al recién llegado.

Daven Quarle.

Ambos se detuvieron sorprendidos. Sus ojos verdes pasaron rápidamente sobre ella, notando los zapatos que sostenía en su mano y deteniéndose brevemente en el decorativo escote del vestido antes de detenerse en sus pies desnudos. Selby, que sostenía el dobladillo del vestido casi a la altura de sus rodillas para facilitar su escape por las escaleras, lo dejó caer apresuradamente cubriendo los dedos de sus pies.

Cuando Quarle alzó la vista otra vez, sus ojos brillaban, con sospecha o diversión, Selby no pudo determinar.

—Postor Jarrad —dijo cortésmente—. Si está buscando su habitación, creo que está en el piso equivocado.

—Uhm. No. No —pensando rápido. Ese pase en su mano...— Quiero decir, aprecio su preocupación, pero no estoy perdida en realidad.

Quarle no dijo nada. Ella se apresuró a explicar.

—Es una noche tan agradable, y las estrellas parecían tan bonitas en el patio. Pensé en subir al techo y disfrutar la vista.

Él alzó una ceja.

— ¿No sería más fácil tomar un turboascensor?

—Bien, por supuesto. Pero —era ella se encogió de hombros y jugó su corazonada— no me llevaría hasta arriba del todo, así que encontré las escaleras y empecé a subir.

—Ya veo —dijo Quarle, sus ojos otra vez en los zapatos que colgaban de sus dedos—. Sucede que esas escaleras no llegan hasta el tejado.

—Ah —dijo Selby, tratando de parecer desilusionada—. Bueno, era solo un capricho. No importa —empezó a volverse.

—Espere.

Miró hacia atrás. Quarle la miraba pensativamente.

—Es una noche agradable —asintió—. Y la vista desde el techo es espectacular. Puedo llevarla allá, si quiere.

Selby estudió su expresión, preguntándose qué habría detrás de la propuesta. ¿Quarle sospechaba que mentía, y quería llevarla a un lugar más oscuro y privado para interrogarla más concienzudamente... o peor? ¿O era algo mucho menos siniestro; una simple invitación de un hombre a una mujer para mirar las estrellas?

Le molestó un poco, que hiciera tanto tiempo que había recibido una invitación de esa clase, que ya no pudiera distinguir cuando se la ofrecían. Las

demandas de trabajar en Inteligencia mantenían a las personas a la distancia de un brazo, o más lejos. *Debería al menos descubrir lo que quiere*, se dijo a sí misma. *Si tiene sospechas, el techo no sería tan mal lugar para lidiar con el problema.*

Ella se obligó a sonreírle luminosamente.

—Claro. Eso me agradaría.

El breve ascenso hacia el techo fue hecho en silencio, y afuera el aire estaba quieto y sofocantemente cálido, una conmoción después de la cómoda frescura del Salón. Pero encima, miles de estrellas centelleaban como pequeñas joyas enhebradas en guirnaldas en el cielo —una vista espectacular, como Quarle había prometido.

Permanecieron cerca de la barandilla de piedra tallada, Selby manteniéndose cuidadosamente justo fuera de su alcance, mirando hacia la ciudad. Localizó la torre de comunicación principal elevándose de un pequeño anillo de luces a un kilómetro de distancia, y se preguntó si Claris y su equipo habrían terminado de preparar los explosivos. Si todo marchaba según lo planeado, para mañana a esta hora Verkuyl estaría otra vez en posesión de sus dueños originales.

—Parecen muy lejanas, ¿verdad? —dijo Quarle.

— ¿Qué? —ella se volvió, mirándolo atentamente—. ¿Qué cosa?

—Las estrellas —dijo, dirigiéndole una mirada extraña. Movi6 su mano en un adem6s que abarc6 el cielo enojado—. Parecen tan lejanas, pero en t6rminos de comercio interestelar, est6n solo a un viaje corto, un brinco, y un salto de distancia; tan cerca que casi puedes estirarte y alcanzarlas.

—Ah —dijo Selby. Aparentemente, la había traído aqu6 solo para mirar las estrellas. Mir6 hacia arriba, tambi6n—. El milagro del hiperespacio —cit6—, unir cien mil mundos en una aldea gal6ctica.

—Es cierto —acord6 Quarle, mirando hacia arriba—. ¿Cu6l es la suya?

Selby ech6 un vistazo al cielo nocturno intenta divisar Averill, pero los patrones de estrellas le eran completamente extraños.

—No lo s6 —confes6, sorprendido ante el rid6culo sentimiento de contento que le producía la trivial conversaci6n—. En alg6n sitio all6 afuera.

6l sonri6 tambi6n. Sin esa expresi6n reservada y atenta, parecía m6s joven; quiz6s solo algunos años mayor que ella.

— ¿De d6nde es usted? —pregunt6.

—De aquí —dijo—. Engendrado, nacido y criado en bacta. Nunca he salido del planeta.

—Realmente —dijo, su mente trabajando en sus palabras. Si Quarle era nativo, entonces sus padres habían estado entre los inmigrantes originales que habían llegado al planeta como accionistas de Verkuylian BactaCo, un contingente solitario que se las había arreglado de algún modo para formar su propio enclave separado de los carteles de bacta. Los padres de Quarle probablemente estaban entre esos trabajadores que habían vuelto sus espaldas a sus colegas y habían unido sus fuerzas con el Imperio cuando había llegado para nacionalizar la compañía. Y, teniendo en cuenta su puesto en la oficina del gobernador, sin duda él estaba entre aquellos que habían mirado en otra dirección mientras sus antiguos compañeros de trabajo se volvían poco más que esclavos, ya no produciendo bacta para su propio beneficio, sino para la imaginaria gloria del Imperio.

En pocas palabras, la clase de ciudadano imperial leal que los trabajadores rebeldes a los que ella había venido a liberar veían como un traidor.

Selby se recordó que, dado su documento de identidad falso y el convincente paquete de mentiras profesionales que formaban su cubierta, Quarle creía que ella misma era una leal ciudadana imperial.

—Entonces es la persona correcta para preguntarle —dijo, apartándose deliberadamente de ese tema de conversación—. ¿Siempre huele tan... tan mal aquí?

Quarle rió con ganas.

—Apenas lo noto —le dijo—, pero he vivido aquí toda mi vida. Ni siquiera estoy seguro de tener todavía sentido del olfato.

—Es afortunado —sonrió—. La primera aspiración afuera de la escotilla me derribó.

Él río otra vez.

—Verkuyll nunca atraerá el turismo, eso es seguro —hizo una pausa mirando la ciudad—. Pero aunque no podemos ser confundidos con el centro brillante del universo, hay muchas cosas que podrían hacerse para mejorar la situación aquí —dijo, repentinamente serio.

— ¿Cómo cuáles? —preguntó Selby, curiosa a pesar de sí. ¿Cómo, precisamente, los amos imperiales de Verkuyll preveían moldear el futuro del planeta que habían robado a sus legítimos dueños?

Quarle la miró un momento como si estuviera decidiendo cómo responderle. Luego, aparentemente llegando a una decisión, se relajó contra la barandilla de piedra. Detrás de él las luces distantes de la torre de comunicación arrojaban

destellos rojizos de su pelo dorado, y más allá de la torre la negrura total de la selva de alazhi de Verkuyl se extendía hasta el horizonte.

—El gobernador tiene algunas ideas, la mayoría de las cuales son muy sensatas— empezó, y aunque Selby no había esperado menos, se sintió algo decepcionaba cuando él se puso a recitar el usual discurso imperial. Sin embargo, no pudo desestimar el sentimiento continuo de que él no estaba totalmente convencido. Así que cuando hizo una pausa, dijo:

—Ahora, dígame qué haría si usted estuviera a cargo.

Quarle la favoreció con otra de esas largas miradas evaluadoras. Selby se forzó a no retroceder cuando él se acercó, reduciendo la distancia entre ellos.

— ¿Realmente quiere saberlo? —preguntó, en voz baja, acercándose tanto que sus hombros se rozaron.

Con su pulso martilleando abruptamente y todos sus sentidos alertas a cualquier señal del ataque, Selby asintió.

Quarle la miró fijamente un momento más. Luego, despacio, cruzó sus brazos sobre su pecho y se apoyó contra la barandilla.

—Muy bien —dijo, apartando la mirada—. Lo que yo creo es que se necesita un nuevo enfoque, una expansión agresiva que le ofrecería a Verkuyl más independencia económica en la comunidad galáctica, nos daría más seguridad, y abordaría algunas de las preocupaciones que los trabajadores han estado expresando últimamente.

Él echó un vistazo, midiendo su reacción. Intrigada, Selby se relajó contra la barandilla y se preparó para escuchar. Alentado, se dispuso a continuar pero fue interrumpido por una discreta señal sonora.

—Discúlpeme un momento —dijo, extrayendo un comunicador de su bolsillo—. Sí, ¿qué sucede?

—Daven, soy Jorli —dijo una voz que Selby reconoció como la de un asistente del equipo de Ein—. Lamento molestarlo, pero la recepción ha terminado con excepción de algunos fiesteros que no captan las indirectas. Apagué la fuente y puse a los droides a apilar las sillas, pero aun así no se van. ¿Debo llamar a seguridad?

—No —dijo Quarle con un suspiro—. Déjamelos a mí. Bajaré en un momento. —Guardando el comunicador, miró a Selby con pesar—. Voy a tener que interrumpir esto. El deber llama.

—Siempre lo hace —dijo Selby. Se incorporó también, preguntándose si quizás... — ¿Estaría bien si me quedo aquí arriba un rato más? Es una vista hermosa en verdad.

—Lo lamento, no —dijo—. Necesitaría un pase para bajar en el ascensor y no tengo ninguno extra. Éste está codificado para mí, es intransferible.

—Ah. Está bien. —En realidad ella no había esperado que le diera libre acceso al Salón. Selby se encogió de hombros—. Bien, entonces. ¿Nos vamos?

El descenso fue tan silencioso como lo había sido el camino hacia arriba, el breve momento de camaradería desaparecido. Quarle la escoltó cortésmente hasta su habitación, le deseó educadamente buenas noches, y se alejó a grandes zancadas. Resistiendo severamente el impulso de mirar hasta que desapareció en el turboascensor, Selby cerró la puerta tras ella. Esta era una de las peores partes del trabajo: cuando un enemigo se mostraba no como un adversario, sino como una persona decente que solo servía en el lado opuesto.

Suspiró. En su línea de trabajo, era más fácil ver todo en blanco o negro, amigo o enemigo, que intentar ordenar todas las sombras del gris. La ceguera al color era a menudo más saludable, también. Agentes que vacilaban en silenciar a sus enemigos a menudo descubrían que sus recién descubiertos “amigos” no vacilaban en silenciarlos. Trabajar en inteligencia significaba mantener las líneas de batalla claras, y el enemigo firmemente fijo en la mira. No había lugar para nada más.

Lástima, pensó. Algo sobre Quarle —su preocupación por los trabajadores, quizás— le decía que había algo más en él de lo que parecía a simple vista. No era que eso importara. Ella sabía cual era su deber. Suspiró otra vez, dio media vuelta. De la entrada que conectaba sus habitaciones, Vartos la miraba con un gesto fruncido.

— ¿Todo bien? —preguntó—. Desapareciste un buen rato.

—Bien —Selby lo tranquilizó. Caminando hacia la cama, se sentó y empezó a quitarse los peines decorativos que fijaban la pulcra corona de rizos encima de su cabeza. Mechones caoba cayeron sobre sus hombros. — ¿Podemos hablar aquí?

—Lo verifiqué. Estamos limpios. —Tomó algunos pasos más dentro del cuarto—. ¿Lograste colocarlo?

—Ajá. —Selby inspeccionó los peines sobre la colcha ante ella. Recogiendo uno, tocó con la uña en cierto sitio y activó el auricular. Escucharon. Silencio. Asintió con la cabeza con satisfacción. Todo tranquilo, como debía ser. El micrófono oculto esperaba para mañana.

Repentinamente, un débil chirrido rompió la tranquilidad. Ella y Vartos intercambiaron una mirada. Otro chirrido, acentuado por el escarbar de garras diminutas. Selby sonrió.

—Su Excelencia parece tener un problema de roedores.

—Esperemos que no le agraden los pequeños bocadillos brillantes.

—No comen metal —le dijo ella—. Debe ser lo único que no comen.

—Bien —la estudió brevemente—. Así que, ¿qué ocurrió con ese asistente, Quarle?

—Me atrapó bajando las escaleras —admitió—. Pensé que habría problemas, pero todo pareció resultar bien.

Vartos parecía aliviado.

—Bien, si tenían que atraparte, fue bueno que fuera él. Está en un buen puesto para sacarte de apuros.

Selby frunció el ceño.

— ¿Qué quieres decir con eso?

—Sacarte de apuros, cubrirte. Inventar una excusa de por qué estabas en un lugar donde no deberías estar —Vartos le dirigió una mirada rara—. ¿No te preguntó qué estabas haciendo?

—Le dije que estaba tratando de llegar al techo para ver las estrellas.

— ¿Y te creyó?

—Pareció hacerlo —lo miró, aun frunciendo el ceño—. ¿Por qué me cubriría?

—Espera, déjame aclarar esto —dijo Vartos—. Hasta donde tú sabes, él piensa que tú estabas merodeando por el Salón porque —sonrió— ¿querías mirar las estrellas?

—Eso es lo que dije —masculló ella—. ¿Qué quieres decir...?

—Sel, él está de nuestro lado— -dijo Vartos suavemente—. Está con la resistencia verkuyliana.

Ella se repuso antes de quedarse con la boca abierta.

— ¿Lo está? —le tomó otro momento digerir las noticias—. Entonces él sabe todo sobre nosotros —dijo—. Supo todo el tiempo lo que yo intentaba hacer.

—No, no lo creo —dijo Vartos—. Ya sabes como se preparan estas cosas, Sel.

Ella asintió, aun digiriendo la idea. Los miembros de células de la resistencia tenían casi siempre muy poco contacto entre sí, y limitado conocimiento de lo que estaba sucediendo para limitar la responsabilidad. Así, si un rebelde era comprometido o capturado, el daño al grupo podía ser reducido al mínimo.

Pensó sobre eso un poco más, recordando su impresión inicial de que Quarle no era totalmente lo que parecía.

—Se necesitan agallas, para jugar en ambos lados de esa manera —dijo, reconsiderando su conversación en el techo teniendo en cuenta esta nueva información—. Tiene un casco duro para remendar haciéndose pasar por un imperial leal.

—También nosotros —dijo Vartos, con cierta aspereza—. Y a menos que lo necesitemos para algo, vamos a seguir tratándolo como uno. Ya habrá tiempo después del golpe para comparar notas sobre sus respectivas carreras encubiertas, Sel.

La reprimenda era difícil de ignorar.

—Por supuesto —dijo, ligeramente herida porque él pensara otra cosa—. Puede contar con que pondré la misión ante todo, señor.

—Lo sé —él la estudió un momento más, asintió una vez y cambió de tema—. He aquí como luce la configuración de seguridad en los niveles bajos.

Él se embarcó en una descripción de paneles sensores, puestos de guardia, y cámaras escondidas. Selby escuchó, agradecida de que su cerebro se mantuviera ocupado visualizando el diseño del Salón en vez de revivir el encuentro de esa tarde con Quarle. Preguntándose si la duplicidad inherente de mantener su mascarada le causaba dificultades. Si estaba... solo... viviendo una vida dividida entre ideales y deber, inseguro de a quién llamar amigo y a quién llamar enemigo, pero seguro de que no podía bajar su guardia con ninguno de ellos.

Dándose cuenta de la dirección de sus pensamientos, Selby forzó su mente a regresar a la tarea que los ocupaba. Como Vartos había dicho, después habría tiempo para ese tipo de cosas.

O quizás podría haber habido, si las cosas hubieran resultado diferentes.

Selby escuchó los susurros de los pequeños audífonos ocultos en sus aretes ornamentales mientras marchaba aprisa a la oficina del gobernador la mañana siguiente. Lo que escuchó envió su estómago al suelo tan seguramente como si el piso del turboascensor hubiera desaparecido repentinamente bajo sus pies. Lo que en cierto sentido, había sucedido. Claris, que esperaba en la torre de comunicaciones la señal de Selby para llamar a la flota, acababa de ser capturada.

Y en el breve lapso de tiempo entre que el gobernador Ein fue informado del arresto y Selby lo escuchara, antes de que la señal del micrófono escondido fuera interrumpida, su plan cuidadosamente ideado se hizo pedazos. La pérdida de Claris destrozaba su efectividad al igual que un cambio de presión en la cabina microfracturaba el casco frágil de una nave.

Durante ese primer momento de aturdimiento, Selby sintió que el pánico congelaba su mente mientras observaba los indicadores de piso, llevándola cada vez más cerca de su reunión con el gobernador. Claris capturada, y ella a pocos segundos de los stormtroopers que seguramente esperaban su llegada a la oficina de Ein...

Entonces una oleada de adrenalina derritió la escarcha y obligó a su cerebro a encontrar apresuradamente una manera de salvar la situación. *Piensa*, se ordenó, maldiciendo al micrófono escondido por interrumpirse justo cuando más necesitaba escuchar lo que sucedía en la oficina del Gobernador. ¿Había alguna manera de parar el ascensor, salir de él, y encontrar una manera de advertirle a Vartos?

Se mordió el labio. No sin un pase. No sin hacer antes una parada en el piso del gobernador. El guardia abajo había ingresado su destino, notificado a la oficina de Ein que ella estaba subiendo y programado el ascensor sin paradas intermedias.

Pero hay otras maneras de salir, pensó, echando un vistazo arriba para confirmar la presencia de un panel de mantenimiento en el techo del ascensor. Podía retirar el panel, trepar en el hueco, e ir... ¿a dónde? Su mano, extendiéndose hacia los controles del ascensor, vaciló...

Y entonces, súbitamente, ya era demasiado tarde. Las puertas se abrieron deslizándose.

Selby se congeló. Dos stormtroopers estaban frente al ascensor, rifles bláster apoyados imponentes en sus blancos hombros blindados en pose tradicional de desfile. Los miró fijamente. Ellos la miraron a su vez, aparentemente sin prisa por tomarla en custodia. En su interior, la esperanza luchaba con la precaución. ¿Podía ser que no lo supieran?

No podía quedarse en el ascensor para siempre. Tomando una honda inspiración, salió. Audazmente, anunció:

—Estoy aquí para ver a su Excelencia.

Los stormtroopers solo la miraron sin responder, pero hacia un costado, un droide de protocolo de ojos dorados se puso en acción.

—Lo siento, pero el gobernador no puede verla ahora —se disculpó en una oficiosa manera petulante que hizo sospechar a Selby que daba este discurso particular muy a menudo. —Han surgido asuntos inesperados que requieren su atención inmediata. ¿Puedo reprogramar su cita para otro momento?

—Oh, supongo que sí —dijo, tratando de parecer molesta por la demora. Aun sin creer en su suerte, ella acordó otra cita y volvió a entrar al turboascensor. Mientras este aceleraba hacia la planta baja, se fortaleció para decirle a Vartos que había habido un cambio de planes. Como oficial al mando

de la misión, le correspondía a él decidir el curso de acción que requería ese cambio.

Por un momento, se permitió pensar en Claris, ahora en custodia imperial, el peor miedo de un operativo de inteligencia. Entonces la puerta se abrió deslizándose, y ella partió en busca del cuarto del generador donde Vartos esperaba su señal para cortar la energía del Salón. Si no lo habían hecho antes, los imperiales seguramente estarían monitoreando ahora las comunicaciones electrónicas. Tendría que entregar este mensaje en persona.

Pero sucedió que no tuvo que hacerlo. Vartos ya lo sabía.

Con las manos en el aire y una expresión sombría en su cara, él estaba de pie atrapado contra uno de los palcos de los relevadores de poder activos. Giró su cabeza para mirar a Selby mientras ella entraba deslizándose, con su propio blaster en la mano antes de registrar totalmente la situación. Pero el stormtrooper que le apuntaba con su rifle bláster ni siquiera miró en su dirección. No tuvo que hacerlo. Antes de que ella alzara su arma, una voz severa le ordenó desde un costado que la dejara caer.

Selby se congeló mientras apuntaba y volvió lentamente la cabeza. A una corta distancia, Daven Quarle tenía sus manos a medio alzar mientras permanecía de pie entre dos hileras de relevadores de poder. Detrás de él, el segundo rifle bláster de los stormtrooper apuntaba ahora hacia ella.

— ¡Déjelo caer! ¡Ahora! —repitió el stormtrooper enérgicamente.

Selby arriesgó otra mirada a Vartos. Sus ojos se encontraron y en sus resignadas profundidades pudo ver que él comprendía su dilema.

Como estaban las cosas, con el equipo entero de la Nueva República capturado y la flota sin aviso, la misión estaba condenada a un seguro fracaso. Sin la flota para apoyar su rendición, Ein y sus stormtroopers simplemente aplastarían a los trabajadores rebeldes, y ellos tres, no, cuatro contando a Quarle, serían interrogados y seguramente ejecutados.

Sin embargo, si ella no se rendía y disparaba al captor de Vartos, resultaría probablemente en la ejecución inmediata de su oficial al mando, pero si —y este era un gran si— Quarle era tan rápido como parecía y pensaba en distraer al segundo stormtrooper, ella podría lograr escapar durante el tiroteo que seguiría.

Y si ella escapaba, aun existía una posibilidad de que pudiera —de alguna manera— llamar a la flota.

Puede contar con que pondré la misión ante todo, le había dicho a Vartos.

Había hablado en serio.

Levantando su bláster, Selby disparó.

Los siguientes momentos fueron borrosos. Mientras se zambullía detrás de una caja de control de metal que le ofrecía escaso refugio, el cuarto se encendió con el fuego de los bláster. Al otro lado de la habitación, Vartos se desplomó. Atrapada e incómodamente consciente de los disparos de bláster que chisporrotean a su alrededor, Selby siguió disparando hasta que el primer stormtrooper cayó. Luego, girándose para apuntar a su compañero, que estaba agachado detrás de una caja de metal, un movimiento hacia el costado capturó su vista.

Era Quarle, deslizándose furtivamente a lo largo del muro hacia la puerta, su único medio de escape. Otra cosa atrajo su mirada también...

— ¡Daven, cuidado! —gritó, y disparó. El disparo chisporroteó en un panel pequeño en el muro a escasas docenas de centímetros ante él. Las luces vacilaron y se apagaron, cubriendo la habitación con oscuridad.

Y esa era su única oportunidad.

Como de común acuerdo, la puerta se deslizó abriéndose, iluminando su ruta hacia la libertad. Momentáneamente, la figura de Quarle se dibujó contra la luz, mientras se deslizaba a la seguridad del corredor. Dirigiendo una salvaje lluvia de fuego de protección en la dirección del stormtrooper, Selby se puso de pie y corrió tras él.

Casi lo logró ilesa. Justo cuando alcanzaba la puerta, un disparo de bláster rozó su brazo extendido, enviando garras irregulares de dolor ardiente subiendo por su hombro y forzando un involuntario grito de dolor, mientras se tambaleaba en el corredor. La puerta se cerró detrás suyo, los débiles sonidos de los disparos del stormtrooper golpeando inútilmente contra la barrera de metal.

Alertado por su grito, Quarle se dio vuelta. Sintiendo náuseas repentinamente, y mareada por el ardiente dolor, ella vaciló justo fuera de la puerta y trató de orientarse.

— ¿Por dónde? —logró decir entre dientes apretados.

Quarle vaciló, pero detrás de él por el corredor, dos stormtroopers doblaron la esquina y repentinamente el punto quedó fuera de discusión. Su brazo se sentía envuelto en llamas, pero se las arregló para hacer algunos disparos disuasorios en su dirección antes de volverse para correr. Mientras el fuego de blaster resonaba en el corredor, sintió más que escuchó a Quarle en sus talones.

No habían hecho más de cincuenta metros antes de que él empujara firmemente a la derecha y apoyara su palma en el panel de una puerta. Selby lo dejó guiarla, irrumpiendo en una habitación larga y angosta sin más puertas que por la que acababan de entrar.

— ¿Adónde vamos? —exigió, y el dolor hizo que la pregunta sonara áspera.

—A algún lugar seguro —dijo Quarle, tan breve como ella. El palpó a lo largo del muro vacío en el otro extremo del cuarto mientras Selby merodeaba con impaciencia, estudiando la habitación por posibles vías de escape. Estaba aliviada de estar fuera de la inmediata línea de fuego, pero sin ninguna salida aparente, ese alivio duraría poco. Y los stormtroopers estarían aquí cualquier momento...

Volviéndose hacia Quarle, se sobresaltó al ver una antigua puerta batiente en el muro lejano donde estaba segura que antes no había habido nada.

—Apresúrate —dijo él, y probó que la puerta no era un espejismo abriéndola de un empujón y adentrándose en la oscuridad que había más allá.

Selby se apresuró a entrar al pasaje angosto junto a él, y miró mientras el hacía algo en un panel ubicado en tras el muro. La luz que fluía por la puerta abierta cambió repentinamente. Cuando Selby miró la habitación más allá, fue como mirar a través de una cortina diáfana.

Se sobresaltó cuando la puerta en el otro extremo se abrió bruscamente. A una vez, dos stormtroopers se lanzaron en la habitación con armas preparadas. Pero asombrosamente, no le dirigieron más que una mirada superficial a la pared lejana. Se dio cuenta entonces que debían ver el mismo muro vacío que ella había visto cuando entrara a la habitación, y miró la cortina diáfana con nuevo respeto. Holoflaje —uno de los mejores holoflaje que había visto, ocultaba la puerta secreta a los ojos curiosos.

—Estoy impresionada —murmuró tensamente mientras Quarle cerraba la puerta, encendía una vara luminosa, y la guiaba por el oscuro pasadizo. Su brazo vibró con cada paso—. Muy impresionada. ¿Cómo sabías que estaba allí?

—Un viejo secreto de familia —echó un vistazo por sobre su hombro—. Mi abuelo era Corlin Quarle Deld.

Un momento después, ella reconoció el nombre.

—El propietario principal de Verkuylian BactaCo —dijo, y él asintió con la cabeza. Selby asintió también, mientras las piezas caían más claramente en su sitio. No era extraño que Quarle fingiera ser un imperial mientras secretamente tramaba la revuelta. Su familia había poseído el planeta entero antes de que el Imperio se apoderara de él.

Pensó en el holoflaje y sintió renovarse su esperanza.

— ¿Tienes otros secretos de familia de los que me gustaría conocer? —preguntó.

Quarle se detuvo ante una puerta. Más allá, el pasaje desaparecía en la oscuridad. Agachándose, iluminó con su vara luminosa un teclado polvoriento y marcó unas series de números. Una cerradura sonó, y él abrió la puerta para revelar una habitación diminuta.

—Puede ser —dijo al fin, cerrando con llave la puerta otra vez tras de ellos—. Pero tenemos que pensar qué vamos a hacer ahora. Es obvio que cualquier plan que tú y tu socio tuvieran aquí ha fracasado, y mi cubierta ha sido descubierta también. En este momento, salir con vida parece ser lo mejor que podemos esperar.

—Eso no es suficiente —Selby sacudió su cabeza. —Si puedo avisarle a la flota, aun existe una posibilidad de que podemos llevar esto a cabo.

Quarle la miró con dureza.

— ¿La flota?

—Hay una pequeña fuerza de batalla de la Nueva República esperando una señal de Claris... —se corrigió— una señal mía para entrar. Una vez que aparezca, a menos que Ein tenga un Destructor Estelar o dos escondidos en su bolsillo trasero, no tendrá otra elección que rendirse.

—Ya veo —dijo Quarle. Miró fijamente de un momento, pensando, entonces le dirigió una leve sonrisa—. Y no, no lo tiene. —La sonrisa se desvaneció mientras sus ojos iban a su brazo herido—. ¿Por qué no me cuentas lo que está ocurriendo mientras atendemos esa quemadura? —sugirió—. Decidiremos donde ir desde aquí.

El medpac que consiguió solo contenía el anestésico más suave, así que Selby se alegró de concentrarse en describirle la misión mientras Quarle limpiaba suavemente la quemadura y untaba un gel verde viscoso sobre ella.

—Alazhi inestable —dijo ante su expresión dudosa—. No tan efectivo como bacta refinado, pero ciertamente ayudará.

Lo hizo. El gel fresco alivió la quemadura y, al endurecerse, proporcionó una capa protectora que hacía innecesarios los vendajes. Selby dobló el brazo experimentalmente, aliviada de encontrar que el movimiento producía solo una sorda protesta.

—Entonces —dijo—. ¿Qué piensas?

—Es tu brazo —Quarle arqueó una ceja. — ¿Qué piensas tú?

—El brazo está bien —dijo, agradeciéndole con una sonrisa leve—. Quise decir, ¿qué hacemos ahora? ¿Puedes conseguirme acceso a una unidad de comunicación subespacial?

Él apretó los labios pensativamente y volvió a sentarse.

—Probablemente —dijo, e hizo una pausa—. Una pregunta, sin embargo. ¿Cuáles eran las órdenes de la flota si no recibían la señal? ¿Enviar alguien a investigar, o solo regresar casa?

—Ellos no nos abandonarían —dijo Selby—. Tratarán de descubrir que sucedió.

— ¿Así que eventualmente alguien aparecería para averiguar por que la señal nunca fue dada?

—Ellos no nos abandonarían —dijo Selby otra vez, sintiendo una honda punzada ante la idea de que, ante la oportunidad incierta de salvar la misión, ella básicamente había abandonado a Vartos en la sala del generador. Sabía que, si fallaba, la inteligencia eventualmente enviaría a alguien para investigar, pero a esa altura de la misión sólo implicaría extraer los miembros sobrevivientes del equipo, si había alguno, y salir. Vartos y Claris se habrían perdido en vano, los trabajadores rebeldes verkuylianos serían purgados, y el Imperio ganaría —quizás permanentemente. Sin apoyo suficiente de los trabajadores que quedaran, la Nueva República probablemente no regresaría.

—Ya veo —dijo Quarle—. Así que llamamos a la flota ahora, o nunca habrá otra oportunidad.

—Así parece —acordó Selby. Vaciló—. Lo siento, esto podría ponerse más caótico de lo que planeamos originalmente. Si Ein empieza a reunir a trabajadores, usándolos como rehenes... Aún podemos ganar, pero la victoria puede tener un precio más alto.

La mejilla de Quarle tembló.

—Todas las cosas que valen la pena generalmente lo tienen.

—Podría haber enfrentamientos, en órbita o en la superficie —advirtió ella—. ¿Lo valdría para ti?

Él la miró. En sus ojos, vio una sombría aprobación.

—Quiero lo que es mejor para Verkuyll —dijo—. Si esto implica derramamiento de sangre... —apartó la mirada—. Lo lamentaré, pero aprenderé a vivir con eso. Ahora... —cambió el tema repentinamente—, puedo pensar en tres comunicadores subespaciales a los que podríamos acceder. Determinemos cuál sería mejor de intentar...

Si ella hubiera sabido de todos los pasajes escondidos del Salón la noche anterior, reflexionó Selby mientras seguía a Quarle por un corredor angosto, llegar inadvertidamente a la oficina del gobernador hubiera sido tan fácil como acertarle a mynocks de un acoplamiento de poder.

El Salón había demostrado ser prácticamente un laberinto de pasajes ocultos. El abuelo de Quarle había sido un cuidadoso hombre de negocios, incluso paranoico, lo que era afortunado, dadas las circunstancias actuales. Significaba que podían moverse dentro del Salón con libertad asombrosa, necesitando solo dejar su cubierta para llamar a la flota. Selby sonrió al pensar que mientras los Imperiales, que sin duda monitoreaban las transmisiones subespaciales salientes, vinieran corriendo a investigar la llamada, todo lo que encontrarían sería guardias inconscientes en un cuarto vacío. Ella y Quarle regresarían a su escondite a esperar la llegada de la flota antes de confrontar a Ein.

—Casi llegamos —dijo Quarle en voz baja, deteniéndose en una intersección—. Antes de avanzar más, quiero observar la situación exterior, ver a qué nos enfrentamos.

—Suenan bien —murmuró en respuesta—. Guíame.

Él vaciló, y se giró para mirarla.

—Preferiría hacerlo a solas —dijo—. Conozco el sistema de pasajes. Tú no. Y de esta manera, si me atrapan, quedará uno de nosotros para terminar el trabajo.

Selby frunció el ceño. Tenía sentido, pero ella no quería separarse particularmente. Quarle no tenía un blaster y sería incapaz de protegerse si tropezara con un problema. Sintió otra punzada, recordando a Vartos. Se suponía que los miembros de un equipo se cubrían las espaldas entre ellos. Consideró brevemente darle su propio blaster para el reconocimiento, pero decidió no hacerlo. Inteligencia le había enseñado a cuidar primero su propia espalda.

Los ojos de Quarle cayeron en el bláster también, pero cuando ella no lo ofreció, él no preguntó.

—Espera aquí —le dijo—. No debería tardar demasiado.

Selby asintió con la cabeza. Él la miró un momento, como queriendo decir algo más, pero luego solo asintió con la cabeza, también. Volviéndose, empezó a doblar la esquina...

—Cuida tus espaldas —le dijo ella suavemente.

Él miró hacia atrás, y arqueó esa ceja.

—Siempre —aseguró, y se alejó a grandes zancadas.

Una vez que él se fue, Selby se reclinó contra la pared del angosto pasaje y suspiró. Sola con sus pensamientos por primera vez desde el tiroteo en el cuarto del generador, ella no podía apartar el rostro de Vartos de su mente. ¿Había sido solo increíblemente mala suerte, el que fuera descubierto por los

stormtroopers? ¿O Claris ya había sido "persuadida" de hablar sobre sus compañeros de operativo?

Lo que le recordó...

Ella subió su mano, sacando el ahora inútil arete. Sujetándolo en su palma, lo miró pensativamente.

Claris debe haber hablado, decidió. Para que el micrófono escondido haya sido desactivado tan rápida e inesperadamente después del arresto, los imperiales debían haber sabido exactamente qué buscar. Tocó la curva suave del metal, sintiéndolo doblarse suavemente, luego lo acercó para estudiar el intrincado rollo que funcionaba como un pequeño audífono.

Cuando la voz de Quarle sonó a través de él, se quedó paralizada.

Con manos que súbitamente se sentían como hielo, Selby sostuvo el dispositivo contra su oreja. Silencio; solo su pulso palpitando en su cabeza. Frunció el ceño, dobló el arete cuidadosamente otra vez, y esta vez cualquier conexión débil dentro del auricular que había causado el corte ahora funcionó. Ella escuchó, volviéndose más fría con cada palabra.

—Tafno ha prometido respaldo en seis horas —Ein estaba diciendo—. Dos Dreadnaughts al menos, tal vez más. Convéncela de postergar la llamada hasta entonces. Cuando los rebeldes lleguen, encontrarán una pequeña flota con una capacidad armamentística aguardándolos, no las presas fáciles que esperan.

—Sí, por supuesto, su Excelencia —dijo Quarle—. Pero ¿cómo propone que la convenza? Estamos casi en posición de hacer la llamada. Querrá saber por qué debemos esperar.

Una larga pausa. Selby podía apenas respirar por la apretada sensación en su garganta.

—Dígale que hemos impuesto el silencio de satélite —dijo finalmente el gobernador—. Debido a esta amenaza terrorista, he ordenado una prohibición temporal del tráfico de comunicaciones subespaciales. Dígale que los relevos de satélite han sido cerrados —pero que un relevo muy antiguo y no oficial puesto en órbita por su abuelo estará en rango de transmisión en, ah, aproximadamente seis horas. Y que usted —solo usted, sabéis cómo acceder a él.

Ein rió secamente.

—Usted sabe, Daven, usted podrá haber odiado al viejo, pero debe admitir que ser el nieto de Corlin Quarle Deld lo ha puesto en una posición única para realizar sus visiones para Verkuyl.

—Es lo único que alguna vez ha hecho para mí —dijo Quarle—. El resto del tiempo, preferiría olvidar que el tirano alguna vez existió.

—No debería preocuparse por eso —dijo Ein—. Nadie lo usa contra usted. Usted ya ha hecho más por lograr que Verkuyl sea el éxito que es hoy de lo que su abuelo alguna vez podría. Su servicio para el Imperio será recordado por mucho tiempo.

Cuando Quarle dobló la esquina, encontró a Selby esperándolo.

Se detuvo bruscamente ante la vista del bláster que ella sostenía apuntado a su pecho. Sus ojos captaron la firmeza de su mano, entonces subieron para detenerse en su rostro.

— ¿Problemas? —preguntó.

— ¿Cómo es —empezó en tono casual— que el nieto de Corlin Quarle Deld terminó del mismo lado que el Imperio que robó su casa y destruyó la compañía de su familia?

Quarle se acercó unos pasos. Su pulso nunca vaciló. Él se detuvo.

—BactaCo no ha sido destruido —dijo—. A decir verdad, actualmente tenemos más negocios de los que podemos manejar. Y la nueva refinería incrementará tanto la producción como las ganancias.

—Ya veo —dijo Selby. Aunque estaba determinada a permanecer tan fría sobre esto como él, sintió que sus ojos se entrecerraban—. Entonces no te importa lo que el Imperio le haga a Verkuyl, mientras la compañía obtenga su parte de los créditos.

Él arqueó esa ceja, y ella tuvo que ahogar el impulso repentino y violento de borrar esa mirada tranquila de su cara.

—Esos créditos son lo que alimentan y visten a los trabajadores, Selby. Eso es de lo que se trata una compañía —de proveer artículos o servicios por un precio. Para quién, no importa. No te engañes creyendo que era diferente en los días de mi abuelo, y no pienses que los motivos de tu Nueva República son más puros. Cuando se trata de dirigir una compañía, la acumulación de créditos es el objetivo.

—Al menos tu abuelo obtuvo la compañía honestamente —escupió—. Compró el planeta, construyó las refinerías, trajo a los trabajadores. No lo robó de sus propietarios legítimos en el nombre del Imperio ni esclavizó a sus trabajadores. Él...

—No me recites esa propaganda rebelde —interrumpió Quarle bruscamente—. Él hizo eso, y peor, lo hizo en nombre del libre comercio. Al menos cuando el Imperio tomó el control, Verkuyl empezó a devolverles algo a los

trabajadores, en vez de solo producir créditos para satisfacer la codicia de mi abuelo.

Se detuvo e inhaló profundamente para calmarse.

— ¿Sabes cómo consiguió que los trabajadores vinieran a Verkuy? — continuó, un poco más calmado—. Recuerda, esto era antes del Imperio. Las personas necesitaban trabajo, y estaban dispuestas a hacer casi cualquier cosa por conseguirlo. Incluso a venderse en la esclavitud. Y así lo hicieron.

—A cambio de su pasaje aquí y el privilegio de trabajar en las refinerías de mi abuelo, firmaron por un término de diez años, al final de los cuales se comprometían a compartir una parte del stock de la compañía que ellos habían trabajado para construir. Mi abuelo lo llamaba contrato —añadió amargamente—, pero era esclavitud.

Selby no dijo nada. La servidumbre por contrato no era como ser su propio jefe, libre y claro, pero no era esclavitud, tampoco. Ambas partes llegaban voluntariamente a un acuerdo, y al final del contrato...

—Cuando el contrato expiraba, la mayoría de los trabajadores estaban tan profundamente endeudados que incluso con su parte del stock, no podían librarse —dijo Quarle—. Una vez que recibían todo su dinero y pagaban lo que debían, no les quedaba lo suficiente para marcharse. Así que se quedaban.

Ella frunció el ceño.

— ¿Cómo podrían haberse endeudado tanto?

—El almacén de la compañía, por supuesto —dijo él—. La mayoría de los trabajadores trajeron familias consigo, o se casaron y formaron familias una vez que llegaron. Mi abuelo suministraba comida básica y vivienda —comedores de beneficencia y barracones— pero todo lo demás costaba extra. Un extra muy grande. Se sumaba. Para cuando el Imperio llegó para nacionalizar BactaCo, noventa de cada cien trabajadores estaban tan sumidos en deudas que ni siquiera obtenían comprobantes de créditos el día de cobro. Los sueldos eran simplemente transferidos a sus cuentas delincuente.

Le dirigió a Selby una amarga sonrisa.

—Si la República realmente hubiera querido liberar a los trabajadores, debería haber estado aquí hace veinticinco años.

Un silencio siguió.

— ¿Qué ocurrió cuando el Imperio prevaleció? —preguntó ella finalmente.

La boca de Quarle se torció.

—Bien, diré una cosa por el viejo Corlin. Si él no podía tener los créditos, no quería que nadie más los tuviera, tampoco. Cuando se dio cuenta del Imperio no solo iba a llegar y supervisar la operación, sino que intentaban echarlo y manejarla ellos mismos, empezó a borrar los registros de la compañía. Listas de clientes, informes de producción, contratos de envío...

—Y los registros de los empleados -asintió ella, empezando a comprender—. El Imperio no estaba al tanto de su arreglo con los empleados.

—Correcto —dijo—. Por eso cuando el Imperio se impuso, Verkuyll dejó de ser una miserable pequeña compañía planetaria dirigida por el puño firme de un tirano, y se convirtió en lo que debía ser: un lugar para que esas personas trabajaran y vivieran. En los pasados veinte años, hemos triplicado nuestra población trabajadora y cuadruplicado nuestra producción de bacta, incrementando nuestra ganancia en un mil por ciento. Los verkuyllianos están mejor bajo el Imperio de lo que jamás lo estuvieron bajo mi abuelo, así que no imagines que nos estás haciendo ningún favor liberándonos.

Era cierto que los verkuyllianos no habían clamado por ser liberados del Imperio.

Efectivamente, había sido solo en los últimos dos años, cuando la Nueva República había estado expulsando al Imperio del Núcleo y había reclamado Coruscant triunfalmente, que el movimiento de resistencia en Verkuyll había siquiera empezado. Durante sus reuniones sobre la misión, Selby se había formado la impresión de que los trabajadores podrían haber estado intimidados —o contentos, una voz pequeña susurró ahora— de trabajar para el Imperio para siempre si no fuera por dos cosas: una, que la fuerza imperial disminuía, proveyendo cada vez menos apoyo a sus posesiones más pequeñas como Verkuyll; y dos, la pérdida de un gran proveedor médico en Chennis el último año había enviado agitadores de la Nueva República a varios proveedores en manos imperiales para ver que clase de rebelión podían provocar.

Verkuyll había reaccionado apropiadamente.

Pero eso no quería decir que los trabajadores no fueran sinceros en su deseo de ser libres, se dijo Selby. Sólo que fue necesario nuestro estímulo para darles el valor de rebelarse.

Miró a Quarle.

—Si el Imperio es forzado a dejar Verkuyll, probablemente heredarías todas las propiedades. ¿Cómo puedes posiblemente oponerte a eso?

Él sacudió la cabeza.

—No lo entiendes, ¿verdad? Quiero lo mejor para Verkuyll; no lo mejor para mí mismo, sino para la compañía y el planeta. Y creo que lo mejor para ellos en este momento es el Imperio.

-Los trabajadores no están de acuerdo.

—Los trabajadores no ven la imagen completa —replicó Quarle—. Son trabajadores, no administradores. Por el momento, no pueden ver más allá de las promesas de la Nueva República está colgando frente a ellos como nerfs siendo llevados al cobertizo de ordeño.

—Independencia... —lo hizo sonar como una palabrota—. Dígame donde, en cualquier lugar, los trabajadores no sueñan con ser su propio jefe. Pero no tienen la menor idea de cómo hacerlo en realidad. Sin la orientación del Imperio, ellos llevarían esta compañía —su medio de vida— directamente a la quiebra, o serían sobras jugosas para el cartel de bacta. Entonces ¿qué tanto significaría su independencia?

—Serán libres —dijo Selby.

—Libres para morirse de hambre, quizás —replicó amargamente.

Ella levantó el bláster.

—Selby, piénsalo —dijo a modo de aviso—. El gobernador sabe lo qué esta ocurriendo aquí. No puedes ganar, pero si te rindes ahora, te doy mi palabra de que no serás lastimada.

Dio un paso adelante, sus ojos buscando seriamente su rostro.

—Por favor, Selby. No saldrás de aquí de otra manera. No tiene que ser así.

En su mente, Selby vio a Vartos sujeto a punta de bláster por el stormtrooper del Salón. Pensó en Claris, y en las historias de horror que cada agente de inteligencia había escuchado sobre el destino que los aguardaba a manos de los interrogadores imperiales. Pensó en Quarle, y que haciendo lo que en verdad sentía lo mejor para su gente, había tenido que traicionar su confianza, sabiendo muy bien que para muchos de ellos significaría una muerte segura.

Negro o blanco, amigo o enemigo, se recordó. En este trabajo, no había lugar para nada más.

—Sí, si tiene —dijo, y disparó.

Treinta y cuatro horas después, apoyándose contra la barandilla de piedra del techo del Salón y mirando fijamente las llamas danzantes de una hoguera de celebración abajo en la calle, Selby reflexionó que, para haber convertido en éxito un fracaso seguro, debería sentirse de un humor mucho más optimista.

Escuchando la juerga que continuaba abajo, se preguntó por la falta de satisfacción acostumbrada a la terminación exitosa de una misión. No dudaba que la Nueva República había hecho lo correcto, trayendo la liberación a Verkuyl y restaurando BactaCo a sus trabajadores nativos. Un pueblo sometido

a la esclavitud, ya fuera por un Imperio o por un dictador empresarial, tenía que ser liberado.

Pero por primera vez en sus años de estar involucradas en tales liberaciones, se le ocurrió cuestionarse si la Nueva República lo había hecho porque era lo mejor para el planeta y su gente, o porque una tubería directo a BactaCo era lo mejor para la Nueva República.

No podía olvidar el pronóstico de Quarle: que los verkuylianos, enfrentados por primera vez con la autonomía y el manejo de una empresa, serían aplastados bajo el peso de sus nuevas responsabilidades. Le habían dicho que, para facilitar la transición, la Nueva República planeaba proveer consejeros para ayudar a los nuevos empresarios a encontrar su posición económica en la comunidad galáctica. Frunció el ceño, molesta por ese tren de pensamiento. Los ‘consejeros’ de la Nueva República para Verkuyl de alguna forma sonaban demasiado parecidos a la misma suerte de ‘consejo’ que el Imperio había provisto.

Casi deseó que Quarle, quien tenía la experiencia para dirigir la compañía y por nacimiento, el derecho, hubiera decidido quedarse y ayudar. Pero al ser liberado del pasaje escondido donde lo había dejado atado, solo cierta oscuridad en sus ojos verdes traicionando los sentimientos que evitaba mostrar en su rostro, Quarle había elegido dejar Verkuyl con el resto de los invasores imperiales. En cuanto los trabajadores supieron lo que había hecho, fue dolorosamente claro que nunca confiarían en él otra vez.

— ¿Sel? —una voz interrumpió sus cavilaciones—. Es casi hora de irnos.

Ella se volvió. La piel oscura de Vartos se fundía en las sombras cerca del turboascensor, pero ella podía ver el brillo pálido donde sus ojos reflejaban la luz de las estrellas. Tanto él como Claris habían sobrevivido a su cautividad, aunque Vartos había requerido unas horas en un tanque de bacta para recuperarse completamente. Selby encontraba eso de algún modo irónico.

—Sí, señor —respondió—. Bajaré enseguida.

Vartos asintió con la cabeza y entró al turboascensor, dejándola a solas. Selby volvió a la barandilla, sus ojos atraídos otra vez a la hoguera abajo. Verkuyl celebraba su libertad esta noche, ¿pero cuánto duraría su júbilo bajo las presiones de sus nuevas responsabilidades?

Suspiró. Ella no estaría allí para verlo. Había hecho su trabajo —lo había hecho bien— y ahora era tiempo de olvidar lo que había dicho Quarle y continuar con su próxima asignación.

Negro o blanco, amigo o enemigo, se recordó. Bajo el Imperio, Verkuyl había sido negro. Bajo la Nueva República, sería blanco. Podía ser verdad que el futuro de Verkuyl tuviera algunas sombras de gris, pero en su línea de trabajo era mejor no mirar esos colores ensombrecidos con demasiada atención.

Apartándose, Selby tomó una honda inspiración. Hizo una mueca ante el mal olor —el olor horrible del alazhi hirviendo a fuego lento en las refinerías. Lo impregnaba todo, y después de cuatro días en Verkuyl, sentía como si su hedor hubiera penetrado su piel de algún modo y tomado residencia permanentemente en su corazón.

Temía que permaneciera con ella para siempre.